

JAMES FITZMAURICE KELLY

La literatura española en el siglo XIX i en nuestros dias

POR CARLOS MONDACA

(Traducido de la última edicion de la «Literatura Española»)

La literatura española despues de 1868

El dramaturgo López de Ayala saludó la caida de Isabel II con la publicacion de un manifiesto en que puso de relieve las faltas mas notables cometidas por los Borbones (30 de Setiembre de 1868). En los años siguientes a la revolucion, graves acontecimientos preocuparon a todos los espíritus: la busca de un príncipe que quisiera aceptar la corona de España, el asesinato de Prim a la llegada de Amadeo de Saboya (Diciembre de 1870), la abdicacion de éste (11 de Febrero de 1873), el establecimiento del réjimen republicano, las revueltas de las colonias, los pronunciamientos en el interior, las intrigas de Alfonsinos i Carlistas, la amenaza de una guerra civil, la

defeccion creciente del ejército i la impotencia de los doctrinarios en el poder. El nombramiento de Castelar como dictador (21 de Setiembre de 1873) hizo presentir a todos los espíritu previsores la inevitable bancarrota del ensayo liberal. La república agonizaba; ya no quedaba mas que esperar el momento en que se le pudiera enterrar con cierta decencia. La hora llegó en Diciembre de 1874, cuando Martínez Campos se «pronunció» en Sagunto a favor de Alfonso XII; i poco a poco las cosas se tranquilizaron.

Es fácil darse cuenta de que este período tan estraordinariamente ajitado no era el mas a propósito para fomentar la produccion literaria. Los escritores de la nueva jeneracion, como Pérez Galdós, tuvieron que luchar rudamente contra la indiferencia de un público ya agotado por tantas emociones. Aun trabajaban los escritores de la época anterior, pero sin añadir gran cosa a su gloria. Zorrilla, de regreso de América, recitaba sus poesías en el Teatro del Príncipe, escribia de encargo para los libreros, arrastraba una existencia enfermiza i llena de necesidades; i entretanto los editores se enriquecian con sus obras. Esto produjo verdadero escándalo, i se resolvió ayudar eficazmente al «que había muerto a don Pedro i salvado a don Juan»; se le concedió la insignificante pension de que ya hemos hablado, i por fin, se le «coronó». Ya era tarde. Zorrilla redactó lo mejor que pudo sus *Recuerdos*. obra entretenida, pero confusa en que aparece, en vez del poeta armonioso i sonoro, un prosista vulgar. El hombre sobrevivia al escritor.

Campoamor, que vivió todavía mas de diez años despues de muerto Zorrilla, publicaba los cinco cantos de *El Drama Universal* (1869), poema grandioso i disparejo, historia simbólica de los amores póstumos de Honorio i Soledad, cuyo resultado no corresponde al esfuerzo. En 1872, Campoamor, que ya habia manifestado sus opiniones en las *Polémicas con la democracia* (1862), se afirmó en sus simpatías políticas escribiendo, para la Academia, un elojio en verso de Luis González Brabo (1811-1871), el alma maldita del réjimen bor-

bónico. Campoamor habia aparecido en el campo de la literatura como dramaturgo; ántes de la Restauracion, volvió a ensayarse varias veces en el teatro, pero sus éxitos fueron mas personales que artísticos: *Guerra a la guerra* (1870), *El Palacio de la Verdad* (1871), *Cuerdos i locos* (1873), *Dies irae* (1873), *El Honor* (1874). Se desquitó, en cambio, con los *Pequeños Poemas* (1872-1873-1874), i luego con las *Humoradas* (1886-1888), que no son sino variantes de las *Doloras*, con las que tanta reputacion habia adquirido. Hasta sus últimos años siguió escribiendo de cuando en cuando estas breves poesías, hermosas i aladas, lijeros alientos de una inspiracion que iba debilitándose por momentos. Unico representante de una jeneracion desaparecida, rodeado del respeto universal, contento con su aureola de gloria, el ilustre anciano conservó siempre bastante dignidad para rehusar en tres ocasiones que se representara con él el sainete de una «coronacion». Digamos, para terminar, que Campoamor, a la inversa de Zorrilla, fué un prosista de estilo conciso, rápido i elegante, como puede verse en su última obra de aliento, *La Metafísica i la Poesía* (1891), modelo de polémica cortes i regocijada, que mantuvo con su amigo Valera, el célebre novelista de que vamos a ocuparnos en seguida.

JUAN VALERA (1824-1905) se estrenó como poeta, mucho ántes de entrar al servicio diplomático de España, a la cual representó en Washington, Bruselas i Viena. Como no se resignara a la frialdad con que el público recibió sus *Poesías* (1858), recopilacion de versos admirablemente cincelados en que la cultura ahoga a la espontaneidad, ya que no habia logrado imponerse como poeta, i sin vocacion para defender causas perdidas, se resolvió a imponerse como crítico. Su simpatía múltiple, su amplia cultura, i la ausencia de prejuicios lo colocaban en situacion estraordinaria para constituirse en el mejor de los jueces literarios. Pero, andando los años, pareció que Valera se asustaba de su propio talento; i su cortesía sin límites i su deseo de agradar le impidieron muchas veces formular juicios definitivos. Sin em-

bargo, su insinuante complacencia fué un arma formidable en las *Cartas Americanas* (1889), en que una exajerada urbanidad produce todo el efecto de la burla: se deja el libro con la impresion de que los escritores de que en él se trata, quedan ahogados bajo el peso de las flores excesivamente perfumadas que les ofrece la mano de un refinado diplomático. A pesar de todo, en este mismo libro se ve toda su adivinacion de crítico: Valera fué el primero en llamar la atencion sobre la orijinalidad de Ruben Darío.

Valera triunfó principalmente como novelista, i su éxito coincide con el hundimiento de la república. Miembro de la diputacion que ofreció a Amadeo la corona de España, desilusionado por lo que ocurrió luego, se alejó de todas las intrigas de la política i se encerró en su biblioteca. El mismo ha dicho que *Pepita Jiménez* (1874) nació de sus largas lecturas de los místicos españoles, i si se hubiera de aceptar al pié de la letra esta burlona confesion, resultaria que Valera llegó a ser novelista por casualidad. De aquí talvez las divagaciones que embarazan la marcha de la narracion; pero cualesquiera que sean sus defectos, *Pepita Jiménez* tiene una importancia capital en la historia de la literatura: su aparicion señala el momento en que los estranjeros comienzan a prestar atencion a la novela española contemporánea. Se trataba, por fin de un libro de auténtica inspiracion nacional, en que se juntan en esquisita fantasía la inspiracion de Luis de Leon i de Santa Teresa, i que revelaba, una vez mas, lo que Coventry Patmore, crítico exijente, llamó «síntesis completa i armoniosa entre la gravedad del asunto i la risueña amenidad de la forma, que es la resplandeciente corona del arte, i que, fuera de la literatura española, solo se encuentra en Shakespeare, i ciertamente que en grado inferior». Sin duda que no se puede tomar demasiado al pié de la letra este juicio; pero el hecho de que haya sido pronunciado por crítico tan descontentadizo como Patmore, indica que se trata de una obra que marca época. *Las Ilusiones del Doctor Faustino* (1875) no fueron tan bien acojidas

por el público, acaso porque la observacion es implacable i la concepcion en exceso sutil. *El Comendador Mendoza* (1877), llega a una intensidad trájica i a una emocion de tal modo sincera que se llega a creer que el autor narra algun doloroso episodio de su vida; *Doña Luz* (1879), que tiene ciertos puntos de contacto con *Pepita Jiménez*, la supera sin embargo, en agudeza psicolójica. Valera fué tambien bastante feliz en el cuento irónico i en el diálogo, i en este jénero, *Asclepijenia* es sencillamente una obra maestra. Ciego en los últimos años de su vida, se vió obligado a dictar sus obras, prueba difícil de sobrellevar para un artista cuyo talento rechazaba en absoluto lo declamatorio; pero, a pesar de todo, logró producir todavía algunos encantadores estudios de caracteres i de costumbres, como *Jenio i Figura* (1897), *De varios colores* (1898), i *Morsamor* (1899). La muerte le sorprendió miéntras redactaba un discurso sobre Cervantes. No le fué posible dedicarse por entero a la literatura: tuvo que escribir con cierto apresuramiento, i como todos los literatos, en mas de una ocasion se repitió. Juzgandolo sobre la base de lo mejor de su obra, hai que reconocer que el jenial autor de Pepita Jiménez, es entre los modernos escritores el que mejor representa el sentido del equilibrio i del buen gusto, cualidad que, entre los españoles, es ménos frecuente que el vigor.

Tambien en 1874, fecha de la publicacion de Pepita Jimenez, dió a luz PEDRO ANTONIO DE ALARCON (1833-1891), en la *Revista Europea*, un cuento con que alcanzó una popularidad que dura aun. Escritor precoz, romántico desenfrenado en *El Final de Norma* (1855), Alarcon hizo gala de un talento lleno de injenio en las tareas periodísticas, i llamó la atencion con su *Diario de un testigo de la guerra de Africa* (1859), relacion pintoresca de la campaña de Marruecos, crónica patriótica de estraordinaria animacion. Pero todo lo que habia escrito se eclipsó con la aparicion de *El Sombrero de tres picos* (1874), cuadro picaresco de costumbres andaluzas, modernizacion en prosa de un *romance* popular *El Mo-*

linero de Arcas con alcances al *sainete El Correjidor i la Molinera* (1862). historia referida con alegría fácil e inocente. Al llegar la Restauracion, Alarcon dió una vuelta en sus convicciones políticas, i el antiguo redactor de *El Látigo* se creyó en la obligacion de atacar rudamente a sus aliados de la víspera. Literariamente, esta conversion política le sirvió de poco: *El Escándalo* (1875), defensa de los jesuitas hecha por un viejo revolucionario, despues de haber producido una sensacion enorme, se hundió en el olvido junto con *La Pródiga* (1882). De tales ensayos ya no se leen sino *El Niña de la Bola* (1880), base de *Manuel Venegas* (1902), ópera inconclusa de Hugo Wolf (1860-1903), jénio desgraciado que ya ántes i con el título de *El Correjidor*, le habia puesto música a El Sombrero de tres picos. En este cuento encantador i en algunas de sus *Novelas Cartas* (1881-1882), es donde encuentra su espresion mas perfecta el espíritu tan netamente español del despreocupado Alarcon.

El polo opuesto fué José María Pereda (1833-1906), ultramontano convencido i decidido enemigo de todo oportunismo. Natural de Polanco, pueblo del que no salió sino rara vez, se dió a conocer en una publicacion local, *La Abeja Montañesa*. El público lector, habituado a las delicadezas de Fernan Caballero i de Trueba, retrocedió ante el realismo viril de las *Escenas Montañesas* (1864-1871), i solo con mucha lentitud fué tomando gusto por estas rudas representaciones de la vida. Dos años despues de la publicacion de *Pepita Jiménez*, obtuvo Pereda su primer éxito no discutido con los *Bocetos al temple* (1876), coleccion de cuentos escritos con agudo i amplio espíritu de observacion. Se ha dicho que sus personajes son excesivamente rejionales, i que esto ocurre aun en sus libros de mayores pretensiones como *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1878), *Pedro Sánchez* (1883), novela picaresca de la vida ciudadana, i *Sutileza* (1884), obra en que parece sentirse hasta el olor del mar. En verdad, los hombres i las mujeres de Pereda son rejionales en los detalles, pero son universales como tipos de naturaleza. Ademas, Pereda es

novelista esencialmente rejional; pero esto no constituye un defecto. Sus puntos débiles son el énfasis, la insistencia de moralizador, i la caricatura exajerada de los personajes antipáticos i luego, el que no pueda resistir a la tentacion de la polémica: Balzac ha escrito *Las pequeñas miserias de la vida conyugal*, Pereda replica en *El buei suelto* (1877); Pérez Galdos publica *Doña Perfecta i Gloria*, Pereda se le coloca al frente con su novela *De tal palo tal astilla* (1879). Sentia profundo horror hácia todas las tendencias de la moderna sociedad i en sus accesos de melancolía, el mundo entero se le presentaba lleno de oscuridades: se hubiera podido decir de él, que era un Larra ortodoxo. Pero no hai tal: es un buen humorista, un jentil hombre campesino dotado del mejor sentido práctico, que, aun suspirando por la pérdida de un pasado puramente imajinativo, dirije con toda habilidad su fábrica de jabon. Estos artistas son los seres ménos consecuentes del mundo, i a Pereda hai que considerarlo como tal. En el *Sabor de la tierruca* (1882) i en otras obras, pintó la vida de la «Montaña» con honda simpatía i vigoroso realismo; se ve a sus personajes vivir i obrar, i lo que constituye una de sus cualidades sobresalientes, se espresa en un estilo nervioso i enérjico, i hasta los arcaismos, que en cualquier otro serian de una afectacion intolerable, parecen naturales en él. Pocas literaturas podrán presentar con mas justo orgullo una novela como *Peñas Arriba* (1895), creacion imajinativa en que campean una serenidad i una austeridad admirables. Ninguno de sus contemporáneos superó a Pereda como paisajista: los valles abundantes, los arroyos cristalinos, las colinas áridas, las tempestades del Cantábrico no han encontrado pintor que las retrate con mas honda pasion ni con mayor verdad.

Antes de que Pereda obtuviera su primer éxito, ántes aun de la publicacion de *Pepita Jiménez* i de *El Sombrero de tres picos*, DON BENITO PÉREZ GALDOS (nacido en 1845), habia escrito dos novelas, *La Fontana de oro* (1870) i *El Audaz* (1871). Vino a Madrid, desde las Canarias, a estudiar dere-

cho, pero su verdadera vocacion era de novelista, i lo fué despues de hacer sus primeras armas en el periodismo. El momento no era el mas a propósito para dedicarse a las letras, pero no se desalentó por ello, pues este hombre de temperamento tan apacible tiene una persistencia i una fuerza de voluntad inquebrantables, i así logró al fin adueñarse del público con *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1877) i *La familia de Leon Roch* (1878), tres novelas en que se estudia el problema relijioso que en aquellos tiempos estaba en plena actualidad. En tanto que el reaccionario Pereda formaba a sus contemporáneos, Pérez Galdos, reformador liberal, aparece mas bien como obra de ellos. Pero no siempre es novelista *a tésis*, i basta para comprobarlo, recordar *Marianela* (1878), historia llena de emocion poética i dolorosamente real. En 1873 inició la série de sus *Episodios Nacionales*, especie de epopeya en prosa, monumento injeniosísimo de reconstitucion histórica. En la actualidad, está a punto de concluir la quinta i última série de los *Episodios*, en los cuales pasa revista a los mas dramáticos incidentes de la historia de España en el siglo XIX, i, aunque estos cuarenta i seis volúmenes son de mérito desigual, hai en la mayoría de ellos trozos de estraordinaria belleza: *Bailen* (1873), *Cádiz* (1874), *Juan Martin el Empecinado* (1874), *Los Apostólicos* (1884), *Zumalacárregui* (1898), *La estafeta romántica* (1899), *Los duendes de la camarilla* (1903), *Carlos VI en la Rápita* (1907) i *España trájica* (1909). ¡I en todos, cuánta conciencia, cuánto trabajo i cuánto talento! El tercer aspecto de su evolucion tiene como tipo *Fortunata i Jacinta* (1887) vigorosa pintura de la vida contemporánea. Inventor fecundo i hábil, observador minucioso del detalle, apénas inferior a Dickens, en el *El Doctor Zenteno* (1883), Pérez Galdós sabe combinar la realidad con la fantasía, el relato preciso con la imajinacion poética, i su éxito fué completo cuando logró describir las complicaciones psicolójicas de *Anjel Guerra* (1891). Tambien se ha ensayado en el teatro: *Realidad* (1890), *La de San Quintin* (1894) i *El Abuelo* (1897), son obras

interesantes, entre las cuales, principalmente en la segunda se hallan escenas realmente superiores al lado de otras que manifiestan una falta de habilidad inesplicable. Dejemos a un lado sus dramas de tésis como *Electra* (1900) i *Mariucha* (1903) i sus traji-comedias como *Bárbara* (1905), *Casandra* (1905) i otras. El temperamento desbordante de Pérez Galdós se encierra difícilmente en el marco estrecho del teatro, necesita del campo abierto de la novela. Pudiera creerse que su obra es demasiado vasta para ser perfectamente sólida: el mayor jenio no escribe impunemente un volúmen cada tres meses: esta produccion maquinal e incesante, puntual como un cuadrante solar, tiene que resentirse a la larga de su misma abundancia. Pero, ¿con qué fin insistir? Pensemos mas bien en *Fortunata i Jacinta*, en *La de Bringas* (1884) i en otras obras suyas, hondas i vigorosas, que son manifestacion de un talento escrupuloso, robusto, variado, de grande agudeza psicolójica i dueño de una concepcion verdaderamente poética de la vida.

Por los años de 1880, el naturalismo frances pasó los Pirineos i fué la fórmula de moda para los novelistas jóvenes de España. Uno de los primeros en aventurarse en las nuevas tendencias fué Armando Palacio Valdes (nacido en 1853), que, despues de haberse dado a conocer como crítico, se estrenó en la novela con *El Señorito Octavio* (1881), obra de tanteo, harto inferior en fuerza i gracia a *Marta i María* (1883) i a *La Hermana San Sulpicio* (1889). En ámbas novelas hai realidad, vivacidad humorística i deliciosos retratos de mujeres. En el intervalo que media entre la aparicion de *Marta i María* i de *La Hermana San Sulpicio*, publicó *El Idilio de un Enfermo* (1883), *Aguas fuertes* (1884) coleccion de cuentos de escaso interes, i *José* (1885) hermoso cuadro de la vida de los pescadores, en que cierta sensiblería perjudica al buen efecto de la observacion. Pasemos por alto *Riverita* (1886), *Maximina* (1887) i *El cuarto poder* (1888)—en este último, dos figuras de mujer, Ventura i Cecilia, se destacan vigorosamente por un hábil efecto de contraste—para llegar a

La Espuma (1890) i *La Fé* (1892). En estas dos novelas que alcanzaron un éxito clamoroso, Palacio Valdés renunció en no pequeña parte a su carácter de nacionalismo: con lijeros cambios de nombres, se les podria tomar por excelentes traducciones de buenos orijinales franceses. Felizmente renunció pronto a seguir este camino de imitacion i de sátira poco fina, i aunque en *El Maestrante* (1893) se le no tan ciertas vacilaciones, en *Los Majos de Cádiz* (1896) i en *La Alegría del Capitan Ribot* (1899), se le ve recuperar su primitiva manera. En *La aldea perdida* (1903) i en *Tristan o El Pesimismo* (1906) un vago soplo de idealismo parece anunciar una nueva orientacion espiritual en la obra de este escritor tan estraordinariamente sensible a todas las impresiones. Sabe construir con arte seguro sus novelas, su narracion es fácil e interesante, i no es su menor cualidad la de pintar con habilidad los caractéres, principalmente los femeninos, todo lo cual esplica perfectamente la boga de que goza dentro i fuera de España.

La señora Quiroga, mas conocida por su nombre de soltera EMILIA PARDO BAZAN (nacida en 1851) es sin disputa, entre las mujeres, la mejor novelista que haya tenido España en el siglo XIX. Su primer trabajo fué un *Exámen crítico de las obras del P. Maestro Feijóo* (1877), premiado en concurso, en Orense, el año de 1876, despues del cual se dedicó de lleno a la novela. Las mujeres han sido siempre mas impresionables que orijinales; por lo que no tiene nada de estraño que la señora Pardo Bazan haya comenzado por escribir *Pascual López* (1879), autobiografía de un estudiante, con la cual no convence de ninguna manera, por ser, como es, obra de pura imajinacion. Aproximándose tímidamente al realismo en *Un viaje de novios* (1881), fué mas resuelta en *La Tribuna* (1882), valiente estudio de las costumbres del proletariado; pero despues de publicada *La cuestion palpitante* (1883), especie de manifiesto literario, se dejó ya arrastrar francamente por la corriente naturalista en *Los Pozos de Ulloa* (1886) i en *La Madre Naturaleza* (1887). En estas dos novelas no son escásas las escenas escritas con verdadera potencia creadora: *La*

Madre Naturaleza es casi una glorificacion de los instintos primitivos. Exitos tales no se superan fácilmente, i la señora Pardo Bazan no los ha igualado en los numerosos cuentos i novelas que ha publicado con posterioridad. Es su calidad de naturalista la que se considera jeneralmente, pero, como la moda del naturalismo pasó, lo mejor de su produccion aparece atrasada a los ojos de los jóvenes. No debe parecerles lo mismo *La Quimera* (1905), pintura de la sociedad aristocrática, con ciertos matices simbolistas. La señora Pardo Bazan nació en la pintoresca provincia de Galicia, cuya naturaleza i costumbres ha descrito admirablemente: riqueza de color, exacta presentacion de escenas i de trajes, i todos los encantos de una tierra de fecundidad exhuberante se encuentran en *Insolacion* (1889) i *Marriña* (1889), como en pocas obras suyas. Ha escrito versos, se ha ensayado en el teatro, ha terciado en política, se ha preocupado de las literaturas rusa i francesa, ha escrito vidas de santos, dirijido una propaganda feminista, ha dado conferencias en muchas partes sobre los asuntos mas variados; i con atrevimiento mui suyo, fundó el *Nuevo Teatro Crítico* (Enero de 1891-Diciembre de 1893), revista de que fué redactor único i en que hizo propaganda del eclecticismo con que juzga todo lo que se refiere a las distintas manifestaciones del arte. Mucho se ha discutido acerca de su posible ingreso a la Real Academia de la lengua, i es indudable que podria figurar en ella con mas justos títulos que Isidora de Guzman i Lacerda que, en calidad de miembro «honorario», pronunció su discurso de recepcion el 28 de Diciembre de 1874. Pero la condesa de Pardo Bazan dificilmente se resignaria a colaborar en la confeccion del diccionario; es un talento el suyo, que necesita de aire i espacio; su fuerza creadora se manifiesta sobre todo en sus vigorosas trascripciones del mundo visible; lo que Pereda ha hecho con respecto a la «Montaña», lo ha hecho ella con Galicia, pero con mayores cualidades de novelista en su obra *De mi tierra* (1888).

Con escepcion acaso de Antonio de Valbuena (nacido en

1840), el incorrejible burlon, cuyos *Ripios* han alegrado a todo el mundo, salvo naturalmente a las víctimas, a ningun escritor se le ha temido mas que a LEOPOLDO ALAS (1852-1901) que hizo famoso el pseudónimo de «Clarin». Valbuena, a pesar de su evidente injenio, toca siempre la misma cuerda: los vivos no tienen razon nunca. Alas, en cambio, está siempre lleno de sorpresas, de caprichos desconcertantes, de una malicia infinitamente peligrosa; pero, a pesar de todo, jamas dejó de usar noblemente su autoridad de crítico. Sin embargo, no se le menciona aquí en su calidad de formidable luchador de la prensa, sino como autor de *La Rejenta* (1884-1885), análisis implacable del pseudomisticismo que pierde a Ana Ozores. La inmensa variedad de caractéres, clericales o laicos, todos observados con estraordinaria agudeza de observacion, hacen de esta novela una de las mejores de su época. Las colecciones que publicó con los títulos de *Cuentos Morales* (1896) i *El Gallo de Sócrates* (1901) son de un arte ménos severo i de menores merecimientos, pero tienen sin embargo, trozos excelentes, que son la promesa de que pudo llegar a ser un *conteur* de primer órden.

No fué talento lo que le faltó a EUSEBIO BLASCO (1844-1903), a quien se ha olvidado un tanto despues de su muerte; escribió demasiado i en todos los jéneros: derrochó su injenio vivo i mordaz, pero algo, a pesar de todo, le sobrevive i no faltarán lectores que sepan apreciar debidamente la despierta i espontánea comicidad de sus *Cuentos Aragoneses* (1901).

Bastará un lijero recuerdo para la boga pasajera de *Pequeñeces* (1890), novela de clave en que el padre jesuita LUIS COLOMAS (1851-1915) pintó con colores poco halagüeños el gran mundo de Madrid del que fué, algun tiempo, el niño mimado. Se llegó a decir en los entusiasmos del momento que iba a eclipsar la reputacion de Balzac; pero éste ha resistido perfectamente la comparacion, i Coloma, que era hombre de talento i no gustaba de dar el espectáculo de un Gyp con sotanas, dejó las novelas a las jentes del oficio, para

dedicarse a la historia biográfica, jénero para el cual ha manifestado mejores aptitudes, como lo prueban sus *Retratos de Antaño* (1895) i *El Marques de Mora* (1905).

Ningun espíritu ménos clerical que el de JACINTO OCTAVIO PICON (nacido en 1851) sobrino de José Picon (1829-1873), el espiritual autor de *Pan i Toros* (1864). En algunas novelas, principalmente en *Dulce i Sabrosa* (1891) ha hecho gala de fina observacion i cuidadoso estilo; luego se dedicó—i parecia que definitivamente— a la crítica de arte, jénero en que logró un grande i merecido éxito con su biografía de Velásquez (1899); pero en 1910 volvió a la novela i publicó ese año *Juanita Tenorio*, obra de sutil psicolojía i de admirable penetracion.

JUAN OCHOA (1864-1899), natural de Asturias i muerto mui tempranamente, poseyó un talento delicado a cuya formacion contribuyó un poco Leopoldo Alas, i dejó tres novelas cortas, *Su amado discípulo* (1894). *Un alma de Dios* (1898) i *Los Señores de Hermida* (1900), las tres verdaderamente notables por su sobria verdad.

En *Los Trabajos del infatigable creador Pio Cid* (1898), ANJEL GANIVET (1865-1898), escritor de vigorosísima personalidad, puso la novela al servicio de las ideas filosóficas. I por último, RICARDO MACIAS PICAVEA (muerto en 1899) pintó con arte realista las costumbres campesinas en *La Tierra de Campos* (1897-1898), cuyos personajes se destacan vivamente sobre el fondo duro i triste del paisaje castellano.

Hai una cierta dósis de romanticismo en el temperamento del antiguo secretario del novelista Fernández i González, VICENTE BLASCO IBÁÑEZ (nacido en 1867) que continúa, sin embargo, la tradicion de la novela naturalista. Es un discípulo de Zola en *Arroz i Tartana* (1897) i en *Flor de Mayo* (1895), estudio sobre la burguesía i los pescadores de Valencia, provincia natal del autor. Su personalidad ha venido a destacarse despues i ha triunfado, al espresar todas las angustias de una vida entera en *La Barraca* (1898), historia desgarradora, trájicamente dolososa, relatada con estraordi-

naria enerjía. Del mismo modo que las mejores obras de Pereda i de la señora Pardo Bazan se desenvuelven en la Montaña i en Galicia, respectivamente, así tambien Blasco Ibáñez elije preferentemente la *Huerta* de Valencia como cuadro de sus primeras novelas. Ha reproducido el ambiente con fuerza soberana, en *Entre Naranjos* (1900), pero por no haberse conformado con esto, ha fracasado en *Sonnica, la Cortesana* (1901), novela arqueolójica improvisada con exceso de precipitacion: las evocaciones pretenciosas de un pasado lejano no son patrimonio de Blasco; tales trabajos están reservados a artistas de la talla de Flaubert; i el novelista valenciano vuelve por sus fueros en *Cañas i Barras* (1902) obra de un realismo crudo i desgarrador. Vienen, en seguida, las novelas de tésis, que son otros tantos alegatos políticos i sociolójicos, *La Catedral* (1903), *El Intruso* (1904), *La Bodega* (1905) i *La Horda* (1905), que no pertenecen en absoluto al jénero novelesco, ni tampoco al científico; no se trata de otra cosa que de un sistema de propaganda colectivista, bajo las galas de la literatura. No tenemos para qué discutir las ideas que informan una tal produccion, pero no es aventurado afirmar que los personajes de estas novelas carecen de relieve i de precision. En la penumbra de la catedral toledana, apénas sí se distingue la figura de Gabriel Luna, que es sin embargo el carácter principal del drama; en *El Intruso*, se destaca un poco mas Sanabra i Aresti, en Bilbao, i en todo; de los otros dos libros no queda sino la impresion vaga i confusa de una Andalucia tumultuosa, poseida de una crísis agraria, o la impresion malsana i repugnante de los barrios bajos que ocupan los obreros de Madrid. La psicolojía es rudimentaria i en ocasiones nula. Blasco vuelve a la pintura de caractéres en *La Maja Desnuda* (1906), estudio minucioso i triste de dos pobres seres, un artista i su mujer, que ascienden el pesado calvario que lleva desde al amor al odio. Para terminar, mencionaremos *Sangre i Arena* (1908), con sus dos personajes, del «Espada», resplandeciente bajo sus oropeles, i de la gran dama cosmopolita i perversa, el uno, idiota, grotesco al sa-

lir de su medio, i el otro, tipo de una especie de corrompida i sin patria, ámbos presentados con vigorosísima habilidad. I es, en efecto, el vigor la cualidad sobresaliente de Blasco Ibáñez, i con ella se compensan muchos defectos suyos. Por mas que se diga que su estilo es sonajero i que su observacion es superficial, cuando sale de su ambiente, i que escribe para la esportacion, su lenguaje enfático, despreocupado, a veces incorrecto, está bien al alcance de la multitud, de la cual él se ha hecho el portavoz. Conoce su rincon de España como nadie; ha recibido profundas impresiones en el resto de su patria i queriendo escribir la epopeya de las revoluciones, ha descrito con aguda intensidad sus sensaciones ásperas i personales.

Tales métodos literarios han pasado de moda i la nueva jeneracion de escritores los desdeña absolutamente, i así es como lo que mas agrada es la sabiduría de la forma i la busca de la espresion perfecta en DON RAMON DEL VALLE INCLAN (nacido en 1870), el autor de *Féminas* (1895), de las interesantes memorias del marques de Bradomin, tituladas *Sonata de primavera*, *Sonata de estío*, *Sonata de otoño*, *Sonata de invierno* (1902-1907), de *Flor de Santidad* (1904), de la coleccion de fantasías que él llama *Jardin Novelesco* (1905) i de esa admirable trascripcion que es *La Guerra Carlista* (1908) que está en vias de terminar i de la que lleva publicados tres episodios. Orfebre tambien en sus versos, *Aromas de Leyenda* (1907) i *Cuento de Abril* (1910), es Valle Inclan un novelista sutil i un prosador cuyo estilo atormentado i gracioso es el deleite de los artistas i de cuantos aman la elegancia i la preciosidad.

Menor rebusca de la espresion, por lo ménos aparentemente, se halla en las obras *Pletóricas* de ideas, de JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (nacido en 1876), mas conocido por su pseudónimo de AZORIN; pero no debemos engañarnos con esta visible simplicidad, pues un tal estilo, con su frase concisa i enérjica, es obra de un sabio artista i de un vigorosísimo temperamento. Martínez Ruiz despliega en *El Alma*

Castellana [1600-1800] (1900), un arte lleno de delicadeza para concretar una mentalidad harto lejana, i ha hecho con igual sabiduría, literatura e historia. De fecha posteriore son *La Voluntad* (1902), *Antonio Azorin* (1903), i *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904) novela de estraordinaria finura, revelaciones íntimas de lo que ocurre en el espíritu de la jentes de la clase media, anotadas con una gran sencillez, que no tiene nada de injénua, por un escéptico que desprecia un poco a sus personajes. Desgraciadamente, Martínez Ruiz desdeña la novela porque le parece el mas artificioso de los jéneros literarios. ¿Persistirá en su opinion? Talvez no; pero, sin embargo ello no es tan lamentable, siempre que nos dé en cambio obras como *Los Pueblos* (1904), estudio sobrio i definitivo de la vida en provincia; i *La Ruta de Don Quijote* (1905) obra maestra de evocacion que el autor, sin embargo, ha superado en *Castilla* (1912).

No podemos ni aun enumerar todas las obras del fecundo escritor PIO BAROJA (nacido en 1872), autor de varias novelas en que pone de manifiesto su vision implacablemente penetrante i su filosofía desconcertante, pesimista i desesperada. Nombremos como un buen ejemplo de estas condiciones *La Casa de Aizgorri* (1900), novela dialogada, que es el mas doloroso relato de la dejeneracion hereditaria i al mismo tiempo fiel trascripcion, hecha con admirable impersonalidad, de la vida que se lleva en los tristes lugarejos del norte.

Luego que se hubo retirado del ejército se dedicó a las letras el médico FELIPE TRIGO (nacido en 1868). Su primera novela, *Las Injénuas* (1901), produjo gran sensacion, pero en ella entraba por bien poco el sentimiento estético. No han faltado envidiosos de su éxito que hayan pronunciado la palabra pornografía para juzgar *La sed de amar* (1913), *Alma en los labios* (1905), *La Altísima* (1907) i *Sor Demonia* (1908). Trigo, bajo el influjo evidente de D'Anunzio, hace el análisis de la voluptuosidad con una especie de exaltacion lírica i de precision científica, o por lo ménos aparentemente. Puede ser una obsesion, pero es preciso confesar que trabaja

con fines netamente artísticos i que parece ir en camino de formar escuela, a juzgar por algunas obras de reciente publicacion.

Nombremos, para concluir, a RAMON PÉREZ DE AYALA (nacido en 1881) que, despues de iniciarse en la vida literaria en calidad de poeta con *La Paz del Sendero* (1904), se ha dedicado a la novela, jénero en que ha logrado éxitos verdaderamente notables, como son los de *La Pata de la Raposa* (1912) i *Troteras i Danzaderas* (1913), cuadros valientes pintado por una mano de maestro.

Ahora nos corresponde tratar del teatro. El sucesor de Tamayo en el favor del público, ha sido durante largo tiempo D. JOSÉ DE ECHEGARAY (nacido en 1832), quien se dió a conocer, primero, como matemático, luego como economista i orador i mas tarde como político, carrera en que ha llegado hasta Ministro. Bajo el anagrama de *Jorje Hayeseca*, se estrenó en el teatro el año de 1874, con *El libro talonario*, i desde entónces hasta hoi ha producido mas de sesenta obras dramáticas en prosa i en verso. Echegarai es un romántico en el fondo, i así lo dejan ver mui claramente *La Esposa del Vengador* (1874) i *En el puño de la espada* (1875); pero le falta a su obra el sabor del terruño, i es con frecuencia, reflejo demasiado fiel de modas estranjeras. Sus dramas están siempre hábilmente construidos, como no podia ménos de hacerlo un injeniero que aplicara su ciencia al teatro; pero esto no significa que se le pueda negar una viva imajinacion capaz de impresionar i hasta de emocionar, cosas que consigue perfectamente en *El Gran Galeoto* (1881) i en *El conflicto entre dos deberes* (1882). Es ménos feliz en la creacion de caractéres; ama demasiado el aplauso, i lo busca con efectismos i tiradas enfáticas; pero la mas grave acusacion que pueda hacérsele es la de que sus versos no son de poeta. El estudio de Dumas (hijo) lo impulsó a la dramatizacion de tésis morales; i luego, dominado por la influencia de Ibsen ha escrito obras como *El hijo de don Juan* (1892) i *El loco Dios* (1900), drama simbólico en el que no escasean las escenas de

intensa emocion. Sin embargo, si alguna vez cambia en los procedimientos, en el fondo sigue siendo invariablemente romántico. Con jenerosidad digna de todo elojio, ha traducido i adaptado a la escena española algunas piezas del dramaturgo catalan ANJEL GUIMERÁ (nacido en 1847), que pareció en ciertos instantes el sucesor indicado. De tarde en cuando, Echegaray ha hecho aun representar obras orijinales como *La escalinata de un trono* (1903) i *A fuerza de arrastrarse* (1905); pero ya está mui léjos de la estraordinaria fecundidad de antaño. Vuelto por un momento a la política, en 1905, la abandonó en seguida, i desde entónces no ha vuelto a escribir para el teatro. Ya octojenario, no nos reserva seguramente la sorpresa de un nuevo desarrollo dramático: Echegaray ha entrado ya en los dominios de la historia. ¿Resistirá su obra la disolvente accion del tiempo? Desde luego, puede afirmarse que no, para el conjunto; buena parte de ella está olvidada, i el resto ha envejecido bastante. Echegaray carece de gracia i de ternura; no es poeta i se le escapa la musicalidad de las palabras; su prosa, dura i sin matices, no tiene encanto; su psicolojía limitada i la perpetua amplificacion que hace de los hechos, no permiten que se le clasifique entre los realistas. ¿Cómo, pues, esplicar un éxito que, a pesar de numerosísimas caidas, ha podido mantenerse por mas de treinta años? Desde luego, puede contestarse que Echegaray conoce su oficio, elije una tésis, i como tiene un poderoso instinto teatral, logra muchas veces con sus combinaciones artificiosas, deslumbradores efectos escénicos. Ademas, es un retórico de fuerza, cuyas tiradas impetuosas, impregnadas de pasion comunicativa, son las mas adecuadas para agradar a las jentes de la clase media que gustan de lo melodramático i sentimental. Precisamente, en esta clase media, es donde tiene Echegaray sus admiradores mas fervientes, pues, a pesar de las apariencias de rebelion, no tiene su teatro nada de disolvente ni revolucionario: su última esencia es fundamentalmente burguesa.

Entre los demas autores dramáticos pueden citarse al

jeneral LEÓPOLDO CANO (nacido en 1844), bastante conocido por sus obras *La Mariposa* (1878) i *La Pasionaria* (1883); a EUJENIO SELLES (nacido en 1844), excelente versificador que no ha realizado las esperanzas que hizo concebir con el estreno de *El Nudo Gordiano* (1878); al catalan JOSÉ FELIÚ I CODINA (1847-1897), que se esforzó grandemente por la creacion de un teatro rejional con *La Dolores* (1892), *María del Cármen* (1896) i *La real moza* (1897), cuya accion se desarrolla, respectivamente, en Aragon, Murcia i Andalucía; i a JOAQUIN DICENTA (nacido en 1860), espíritu libre i atrevido, que ha usado los procedimientos de la escuela romántica para la propaganda de ideas jenerosas e igualitarias. ¿Pero, habrán existido alguna vez los obreros de Dicenta tan puntillosos de la honra? Ni mas ni ménos que los burgueses románticos de Echegaray. De todos modos, hai que agradecerle el haber estendido los dominios del teatro español con sus estudios de las bajas capas sociales.

Cambiamos de medio al pasar a la obra de JACINTO BENAVENTE (nacido en 1866). Como quien no hiciera nada i acaso sin pretensiones de hacerlo, este admirable maestro de la ironía, ha hecho el proceso del mundo en que la jente se aburre. Nadie ha conseguido tan bien como él dar la impresion de esta sociedad pagada de su importancia, intelectualmente nula, laboriosamente perezosa, ávida de placer, i perfectamente dejenerada. Con admirable serenidad, Benavente hace desfilar ante nosotros la procesion de los plebeyos enriquecidos, de los falsos i astutos pseudo-honrados, de estafadores simpáticos, de arrivistas sonrientes, de farsantes que escalan el poder, i de hermosas engañadoras que buscan en el adulterio un remedio a su hastío. Benavente jamas da lecciones, no hace caricaturas, no violenta los tonos ni habla demas. Es el cuadro desconsolador dibujado por un artista serenamente cínico, que en *Jente Conocida* (1896) i en *La comida de las fieras* (1898) hace el juicio terrible de sus modelos sin mas que dejarlos hablar a ellos mismos. ¿Qué importa que el hundimiento de la casa ducal de los Osuna sea o no el

punto de partida de *La comida de las fieras?* ¿Con qué objeto buscar la identificacion de los personajes de *El marido de la Téllez* (1897)? Los modelos están en todas partes, i Benavente no hace comedias de clave. Lo que interesa en su teatro es la esposicion ámplia, i la intelijencia sutil que reanima esas variadas representaciones de la vida. Corrosivo i complaciente a la vez en *Lo Cursi* (1901), *El Hombrecito* (1903) i *Los Malhechores del bien* (1905); fatalista burlon en *La Gata de Angora* (1900) i *Alma triunfante* (1902), este espectador desdeñoso de la realidad, despliega con frecuencia una fantasía enorme i llena de seduccion. Tiene, no mas, a veces, condescendencias incomprensibles, como la adaptacion que ha hecho a la escena española del *Richelieu* de Edward Lytton, padre (1803-1873), ese Scribe de raza inferior. Pero agreguemos, en defensa suya, que tambien ha hecho arreglos de Molière i de Shakespeare, de quienes es un admirador apasionado (de fecha reciente es su espléndida traduccion de *El Rei Lear*). El espíritu del gran dramaturgo ingles se adivina en la bizarra poesía del *Teatro fantástico* (1892).

Benavente no tiene en la actualidad entre los españoles ningun verdadero rival. Nombremos, sin embargo, a Manuel Linares Rivas (nacido en 1866), satírico amable i hábil que, iniciado en el *jénero chico*, ha obtenido éxito en la comedia de costumbres con *Aire de fuera* (1903) i *María Victoria* (1904). Eduardo Marquina (nacido en 1879) ha seguido bien de cerca el *Poema del Cid* al componer *Las Hijas del Cid* (1908), cuya leyenda ha dramatizado con mas condiciones de poeta que de autor teatral. El lirismo de este excelente versificador de versos blancos—que es tambien buen prosista en *Cuando florezcan los rosales* (1912)—vuela libremente en *Vendimion* (1909), obra de sana inspiracion, fresca i vigorosa. Hagamos notar, por fin, la entrada al teatro de Gregorio Martínez Sierra (nacido en 1881), prosista un tanto alambicado, que, despues de ejercitarse traduciendo varias obras del dramaturgo catalan Santiago Rusiñol (nacido en 1861), ha logrado verdaderos éxitos con dos come-

dias, concebidas i escritas con delicadeza casi femenina—*La sombra del padre* (1909) i *Cancion de cuna* (1911).

Algunos temperamentos característicos se han revelado en el *jénero chico*, nombre con el cual se designa jeneralmente toda obra teatral con recitados i cantos, i cuya representacion no dura mas de una hora. Es una excelente combinacion que permite a cualquier sala de espectáculos renovar su público tres o cuatro veces por noche. Si la jente que vive del teatro ha hecho con esto un buen negocio, nada ha ganado el arte, i en cambio, ha perdido la literatura. El bibliógrafo que emprenda un dia la enorme tarea de catalogar estas obras, tendrá que anotar millares de títulos, lo que vendria a probar cuán breve ha sido la vida de cada una, i a manifestar cómo las que sobreviven, lo han logrado solo gracias a su música con frecuencia mui superior a la letra.

Seria injusto no mencionar, siquiera de paso, algunos músicos, verdaderos maestros en su jénero: Manuel Fernández Caballero (nacido en 1835), Joaquin Valverde (1844-1910), Tomas Breton (nacido en 1850), Ruperto Chapí (1851-1910), Federico Chueca (1844-1908) i Amadeo Vives.

Por regla jeneral, estas piezas están divididas en tres cuadros, de los cuales el segundo—un sencillo telon de fondo—no sirve mas que para dar tiempo a los maquinistas a fin de que preparen la decoracion del tercero. En el *jénero chico* cabe todo: escenas populares—las únicas que sobrevivirán—melodramas sintetizados hasta ser casi cinematográficos, fantasías, parodias, *apropósitos*, i hasta *revistas* calcadas del modelo parisiense. Es una revista *La Gran Vía* de Felipe Pérez i González (1846-1910), cuya música, obra de Chueca i Valverde, tuvo un éxito mundial: llegó hasta ser traducida i representada en griego!

Un mayor interes de órden literario despierta una obra de Ricardo de la Vega (1839-1910), hijo del autor de *El hombre de mundo*, es *La Verbena de la Paloma o el boticario i las chulapas i Celos mal reprimidos* (1894), talvez la mejor, i en todo caso la mas característica de todas las producciones

análogas. Madrid ha contemplado i contempla con un agrado que no disminuye esta reproduccion fiel i pintoresca de los barrios bajos i sus habitadores. *La Verbena de la Paloma* fué un triunfo, i, ¡cosa rara! lo fué gracias a la armonía perfecta del texto i de la música escrita por Breton. Del mismo De la Vega son *La Cancion de Lola* (1880) i *Pepa la frescachona* o *El colejial desenvuelto* (1886). Un poco al azar mencionaremos otras: *El padrino de «El Nene»* o *Todo por el arte* (1896) de Julian Romea (1848-1903); *La marcha de Cádiz* (1896) de Celso Lucio i Enrique García Alvarez; *La niña del estanquero* (1897) de Tomas Luceño (nacido en 1844); *La boda de Luis Alonso* o *La noche del Encierro* (1897) de Javier de Burgos (1842-1902), *La Revoltosa* (1897) de José López Silva i Cárlos Fernández Shaw. Pero hai que limitarse i, sobre todo, dejar que el tiempo le dé a cada cosa su verdadero valor. Agreguemos a los nombrados a Miguel Ramos Carrion (nacido en 1847), Miguel Echegaray (nacido en 1848), José Jackson i Veyan (nacido en 1852), Antonio Paso († 1906), Miguel de Palacios (nacido en 1860), Fiacro Iráyzoz, Guillermo Perrin, Joaquin Abati, Vital Aza, Cárlos Arniches, i principalmente a los hermanos Alvarez Quinteros.

De VITAL AZA (nacido en 1851) merecen citarse *El sueño dorado* (1875) i *El señor Cura* (1890). En colaboracion con Ramon Asensio Mas escribió CÁRLOS ARNICHES (nacido en 1866) *El puñao de rosas* (1902), obra mui estimable en su jénero.

En *El ojito derecho* (1897) i en innumerables *entremeses* i *sainetes*, la vieja tradicion humorística de Lope de Rueda se ha rejuvenecido con la obra de los hermanos sevillanos SERAFIN I JOAQUIN ALVAREZ QUINTEROS (nacidos en 1871 el primero, i en 1873 el segundo) que han espresado ademas su vision personal de la vida en mas de ochenta comedias de distinta índole e importancia como *Los Galeotes* (1900), *El Patio* (1900), *Las Flores* (1901) *El jenio alegre* (1906) i *Malva loca* (1912).

José López Silva (nacido en 1871) ha escrito tambien, como ya se ha dicho, un buen número de obras del *jénero chico;* pero donde se encuentra su espresion mas personal es en sus trascripciones joviales i maliciosas de la vida madrileña, i sobre todo en la pintura de algunos tipos de la clase obrera. Son composiciones agradablemente versificadas, i escritas en lengua popular, que aparecen, primero, en los diarios, i luego reunidas en colecciones. *Los Madriles* (1903) *Jente de tufos* (1905), *Chulaperías* (1906), *La jente del pueblo*, (1908), *Los hijos de Madrid* (1910) es el himno sin variaciones de que no se fatigan todavía ni el autor ni sus admiradores, mucho mas numerosos de lo que uno podria imajinarse, i para quienes estas escenas son casi la representacion de la vida contemporánea. ¿Pero esto cae en el dominio de las bellas letras? Es cuestion de definicion.

Relevantes cualidades literarias poseyó en alto grado el escritor de que nos vamos a ocupar. Dramaturgo a la edad de quince años, *Gaspar Núñez de Arce* (1834-1903) obtuvo sus primeros éxitos en el teatro i aun pueden leerse con agrado *La Cuenta del Zapatero* (1859) i *El Haz de leña* (1872), sin disputa el mejor drama histórico escrito en España en el siglo XIX. Bajo la forma dramática se adivina un poeta i Núñez de Arce se abrió camino hácia el lirismo puro. El no se equivocó respecto a sus admirables dotes poéticas; pero tiempos adversos no le permitieron su libre i ámplio desarrollo. Habia nacido para cantar una libertad digna i apacible o para seguir las huellas de su maestro Quintana; pero el destino se opuso, i le obligó a vivir en una época de excesos revolucionarios i desastres nacionales. De todos modos, su renombre lo conquistó como poeta político con los *Gritos del combate* (1875), i con este título pasará al porvenir. Se ha convenido en llamarle el poeta de la duda. Pero, es la duda, es el pesimismo, es la inquietud del débil o es algo de todos estos sentimientos lo que pasa a traves de la alegoría de *Raimundo Lulio* (1875), de la *Ultima lamentacion de Lord Byron* (1880), de tan hermosa factura, de *La vision de Frai*

Martin (1880), eco de Leconte de Lisle?—Para nosotros valen mucho mas *Un Idilio i una Elejía* (1879), historia de un amor juvenil, de impresionante simplicidad i de realismo profundo i puro. La sinceridad i la austera perfeccion de la forma son las cualidades características de este poeta, que, en *La Pesca* (1884) i *Maruja* (1886), pone de manifiesto su dominio del arte, la observacion fiel i el amor a la naturaleza. Pero volvemos a repetirlo—el mejor título de gloria de Núñez de Arce es el volúmen de versos vibrantes i sentidos de los *Gritos del combate*, en que, junto con denunciar i maldecir de la anarquía, hace la defensa de la libertad, unida a un valor a toda prueba i a un patriotismo sin vendas. En sus últimos años no aumentó su fama; su salud quebrantada i su aislamiento político lo obligaron a guardar un silencio casi absoluto; roido por el dolor de la juventud ida, se entregó por completo a las tareas del Banco Hipotecario, i abandonó para siempre un *Luzbel* inconcluso. Pero el pesimismo desolado de su conversacion no alcanza a informar sus *Poemas Cortos* (1895); i el canto del cisne de este potente artista i perfecto caballero, lleva el título de *¡Sursum Corda!*

Núñez de Arce fué poeta nacional i vivió en Madrid. La voz de los poetas rejionales se oia de mui léjos. La suerte condenó al valenciano VICENTE WENCESLAO QUEROL (1836-1889) a las tareas de administrador de ferrocarriles, contrariando una verdadera i esclusiva vocacion de poeta. Sus primeros ensayos, como el *Canto Epico o La Guerra en Africa* revelan el influjo de Quintana, i toda la obra de Querol sigue por los caminos de la tradicion clásica. Lo mejor de su produccion, sin embargo, no se encuentra en tales ejercicios académicos i patrióticos, está en *Las Cartas a María* i en las estrofas *A la muerte de mi hermana Adela*, en que el poeta consigue espresar con arte una emocion sincera i profundamente sentida. Sus composiciones no son numerosas i sus *Rimas* (1877) no han logrado la popularidad, a pesar de que su sinceridad, la belleza de la forma i la sabiduría de su

técnica las hicieron merecedoras de la mas alta estima de los mejores jueces, los otros poetas.

Valenciano, como Querol, TEODORO LLORENTE (1826-1911), es mas bien conocido entre las jentes de habla castellana por sus traducciones, mas o ménos acertadas, de Víctor Hugo (1861), de Goethe (1882) i de Heine (1885). Como poeta orijinal habria que juzgarlo, para hacerlo con rectitud, por el *Llibret de versos* (1884-1885) i el *Nou llibret de versos* (1902), a pesar de que algunas poesías castellanas (1907) son, en ocasiones, de elegante factura.

AMOS DE ESCALANTE I PRIETO (1831-1902) que, con el pseudónimo de «Juan García», escribió encantadores estudios de costumbres i una interesante novela histórica, *Ave Maria Stella* (1877), es autor de un volúmen de versos póstumos (1907) en que reproduce con hermoso lirismo, sus estados de alma ante el paisaje impasible i la mar eternamente mudable de su provincia setentrional. En una recopilacion, tambien póstuma, de *Poesías* (1897), otro poeta del norte, EVARISTO SILIÓ I GUTIÉRREZ (1841-1874) dá la misma impresion de contemplacion soñadora; pero murió desgraciadamente demasiado jóven para que pudiera realizar las promesas que hizo concebir con *Una fiesta en mi aldea* (1867).

Nada contrasta mas con esta dulce melancolía que el amargo pesimismo del catalan JOAQUIN MARÍA BARTRINA (1850-1880) que pone de manifiesto en su libro *Algo* (1876) todas las angustias de un alma jóven i desesperada, con una sinceridad—lo demostró mas tarde—de tal modo desgarradora, que cada pájina de la breve coleccion parece iluminada por una llama siniestra. Bartrina no es un artista de la forma; maneja el castellano con cierta dificultad, pero tiene, sin embargo, un acento personal que no puede olvidarse.

Como no es posible pasar revista a todos los versificadores, mas o ménos hábiles, que han gozado de alguna boga en su tiempo, contentémonos con recordar unos cuantos nom-

bres representativos. MANUEL DEL PALACIO (1832-1907), demócrata violento primero, i reaccionario intransijente despues, no careció de buenas cualidades de poeta satírico, pero la vida lo obligó a producir sin descanso, de modo que sus *Sonetos, canciones i coplas* (1884) no permiten formarse mas que una pobre idea de ese espíritu chispeante que se malogró en las tareas del periodismo cuotidiano. Crítico de arte que alcanzó años atras una autoridad inesplicable, FEDERICO BALART (1831-1905), a los 64 años, publicó *Dolores* (1895) coleccion de poesías en que espresa, con cierta emocion, el lento convertirse de una tristeza aguda en resig nada melancolía. Se le puede acusar a veces de sensiblería esta impresion de falsa sinceridad se hace mas notable en *Horizontes* (1897).

Los dos poetas mas celebrados formaban escuela. Entr los innumerables discípulos de Campoamor, ninguno imit con mayor felicidad al maestro que Ricardo Jil (1854-1907) autor de *La Caja de Música* (1898). Núñez de Arce fué e modelo de José Velarde (1849-1892), de Emilio Ferrai (1850-1907), i, en sus comienzos, de MANUEL REINA (1856 1905). Mas tarde encontró su acento personal, i la fantasí graciosa i la forma bella se manifiestan plenamente en *E jardin de los poetas* (1899), i en la coleccion de poesías póstu mas, *Robles de la selva sagrada* (1906).

CÁRLOS FERNÁNDEZ SHAW (1865-1911) logró alguna repu tacion en ciertos círculos poco letrados; pero en su libr *Poesía de la Sierra* (1908) se encuentran, muchas vece notas verdaderamente poéticas, que no son frecuentes e sus versos declamatorios i vacíos.

Dos poetas mallorquinos, MIGUEL COSTA I LLOBERA (naci do en 1854) i JUAN ALCOVER (nacido en 1854) han escrito her mosos versos castellanos; el primero es autor de *Líric* (1899), obra de inspiracion robusta i potente que ha hech que se le compare con Carducci; el segundo ha publicad *Meteoros* (1901), poesía en que la uncion relijiosa se une a u conocimiento profundo de Baudelaire i a una alegría pagan

sujerida por los verjeles de Palma; pero estos ortodoxos (Costa es sacerdote) descorazonados ante la indeferencia de los cenáculos literarios de Madrid, ya no escriben mas que en su lengua natal.

Hemos dejado aparte a RAMON DOMINGO PERÉS (nacido en 1863), crítico de gusto refinado, i poeta de imajinacion rica i contemplativa que, en *Cantos Modernos* (1889-1893) i principalmente en *Musgo* (1902), ha venido a reemplazar la sonoridad tradicional de la poesía castellana por una sábia sencillez.

Tambien debemos recordar en especial al poeta campesino JOSÉ MARÍA GABRIEL I GALAN (1870-1905), que, en sus *Castellanas* (1902), ha evocado con arte sereno la emocion de los paisajes de Castilla i Estremadura. Algo de Frai Luis de Leon se siente en este artista que vivió aislado, i, gracias a ello, se levanta mui por encima del nivel corriente de los demas poetas rejionales.

Lugar aparte ocupa VICENTE MEDINA (nacido en 1866), que, en los *Aires Murcianos* (1899) i en *La Cancion de la Huerta* (1905), ha logrado realizar la difícil aspiracion de hacer sentir escenas i personajes de la rejion medio morisca de los verjeles. Tambien es la propia provincia resplandeciente de sol la que inspira los ritmos deslumbradores de los *Cuadros de Andalucía* (1883), obra de SALVADOR RUEDA (nacido en 1857), talento verdadero, exuberante i desigual, Rueda no hace poesía de ideas, no le inquieta la ternura ni se preocupa de la simetría; temperamento rudo i lleno de fuerza, lleva todas las cosas al estremo, las metáforas, las imájenes, el colorido, la invectiva. Odia a Napoleon—lo que está en su derecho;— pero, ¿por qué llama a este hombre que tenia cabeza de dios griego: *el bestial hipopótamo?*—*Andaluzadas* de mal gusto, que, en cada pájina, destruyen los mas hermosos efectos. Con la publicacion de *En Tropel* (1903) pareció que este poeta exaltado iba talvez a enrolarse entre los adeptos de una escuela que rechaza por completo todo grito i toda inútil sonoridad.

Hasta aquí, deliberadamente, hemos hecho abstraccion de autores modernos que, escribiendo en castellano, no eran, sin embargo, españoles, ni por nacimiento ni por adopcion. Hemos hecho mencion de Jertrúdis Gómez de Avellaneda, i habríamos podido nombrar tambien al historiador venezolano Rafael María Baralt (1810-1860), que sucedió a Donoso Cortes en la Academia Española. Hemos omitido igualmente varios nombres célebres, como los del ecuatoriano José Joaquin de Olmedo (1780-1847), émulo de Quintana en su *Canto a Junin*, de DON ANDRES BELLO, el venezolano, que fué buen poeta, sabio filólogo i eminente jurisconsulto; de los dos cubanos José María Heredia (1803-1839), el cantor de *El Niágara*, i Juan Clemente Zenea (1831-1871) cuya trájica muerte consagró su produccion poética; i del colombiano Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), el autor de la *Memoria sobre el cultivo del maiz* (1866), obra maestra de poesía realista, pintoresca i fuerte. Todos han entrado en la tradicion literaria de España, pero ninguno de ellos conoció la península, escepcion hecha de Olmedo que estuvo allí para firmar la Constitucion de 1812. Ademas, por grande que fuera su orijinalidad, no pudieron ejercer ninguna influencia en la literatura española; pero, como los tiempos han cambiado, la literatura de todos los pueblos se asimila rápidamente las nuevas influencias venidas de fuera. Numerosos escritores americanos han vivido largo tiempo en Madrid, i es precisamente un poeta de Centro América el que aparece, i es reconocido por todos, como jefe del movimiento poético que viene revelándose de hace algunos años.

RUBEN DARÍO (nacido en Nicaragua en 1867) es en realidad un cosmopolita que ha laborado en todas las escuelas. Comenzó siendo discípulo de Zorrilla, Campoamor i Becquer en *Epístolas i Poemas* (1885) i en Abrojos (1887); la influencia de Víctor Hugo i de Núñez de Arce se deja adivinar en *Azul* (1888), obra en que pone ya de relieve una valiente personalidad, acerca de la cual llamó la atencion don Juan Valera, a quien mas tarde habia de asustar la evolucion

del jóven poeta. Al llegar a Madrid en 1892, Darío aparece en las filas de la escuela simbolista con sus *Prosas profanas* (1899); pero despues, librándose de toda traba de escuela o de cenáculo, encuentra su verdadera via en *Cantos de vida i esperanza* (1905) i en *El canto errante* (1907), dos colecciones de poesías en que se encuentran en cada pájina versos de estraordinaria belleza i perturbadora emocion. Técnico consumado, posee Darío un dominio absoluto de la métrica antigua; sus *decires* i sus *layes* tienen todo el perfume de los tiempos remotos, sus *romances* i sus *silvas* son de factura irreprochable, pero él no se ha conformado con esto. Heterodoxo como es, obsesionado por la busca de lo raro i de lo nuevo, ha escandalizado a los puristas, prodigando los efectos de aliteracion, repitiendo las terminaciones adverbiales, cortando los versos con capricho inaudito, dislocando los acentos i las pausas, reformando completamente el alejandrino, ensayándose en el verso libre i en el hexámetro de los poetas latinos, i en suma, atreviéndose temerariamente a toda esperimentacion capaz de dar nueva elegancia i ajilidad a la forma tradicional. Pero los puristas no han carecido del todo de razon, porque muchas de tales innovaciones no han sido felices, i muchas de ellas no han tenido mas objeto que «espantar al burgues», a quien ya no se engaña con las mismas injenuidades de ántes. A su vez, el valiente esfuerzo de Darío ha tenido éxito en mucha parte. Dejando a un lado sus versos amorfos i todo lo que haya de discutible en su obra poética, ¿cómo desconocer cuánto ha enriquecido la musicalidad de la frase con tanta bella combinacion i tantos delicados matices apénas perceptibles? ¿Cómo negar el valor de sus innovaciones métricas? ¿Cómo no ver que las nuevas cadencias usadas por él han venido evitar la petrificacion de las antiguas formas?—Darío pudo haber tenido un rival formidable, si el destino no hubiera cortado tan bruscamente la vida del poeta colombiano *José Asuncion Silva* (1865-1896).—En la actualidad, Ruben Darío ocupa el primer sitio entre los poetas españoles, quienes lo consideran

como suyo. Tambien merece elojios en su calidad de buen prosista—*Los Raros* (1893), *Tierras solares* (1904) i el *Viaje a Nicaragua* (1909),—pero, a decir verdad, su prosa nerviosa, un tanto afrancesada i llena de palabras exóticas, no tiene nunca el interes de sus versos.

La influencia de Darío es incontestable en FRANCISCO VILLAESPESA (nacido en 1877), que en *Intimidades* (1898), *Las canciones del camino* (1906), *Tristitiae rerum* (1907), *El Jardin de las quimeras* (1909) i en otros libros suyos se ha manifestado buen poeta, fácil versificador i excelente sonetista.

La Soledad sonora (1911) i *Melancolía* (1912) son de las últimas obras de JUAN RAMON JIMÉNEZ (nacido en 1881), cuyos versos elejíacos, tan sencillos en apariencia i, sin embargo, tan delicadamente laborados, revelan—sobre todo en *Arias tristes* (1903), i en *Jardines lejanos* (1904)—una tristeza incurable, sóbria i sabiamente espresada.

Por reaccion contra el parnasianismo de Núñez de Arce, *Antonio Machado* (nacido en 1875) reniega de todas las escuelas, i profesa una indeferencia absoluta hácia toda belleza puramente formal: a pesar de todo, en *Soledades, Galerias i otros poemas* (1903) i en *Campos de Castilla* (1912) ha puesto un valiente simbolismo i una evocacion tan intensa, que le hacen perdonar graves defectos de ejecucion.—Su hermano mayor, *Manuel Machado* (nacido en 1874) tiene en su coleccion *Alma, Museo i los Cantares* (1907) poesías, como *Adelfos* que solo pudo escribir un verdadero i gran poeta i que hicieron concebir las mas bellas esperanzas, que, desgraciadamente, no se han visto realizadas en *Caprichos* (1908), coleccion de preciosidades banales i de juegos de rimas.

Sin que nunca escribiera versos, EMILIO CASTELAR (1832-1899) tuvo, sin duda, un alma de poeta, pero que, como tal, solo se reveló en la tribuna. «Primer tenor de la República», este artista de la palabra no ejerció la mas mínima influencia literaria. Sus *Recuerdos de Italia* (1872) i su novela *Fra*

Filippo Lippi (1877-1878) están de tal modo recargados de antítesis ditirámbicas que sólo la elocuencia del grande orador podian hacer soportables. La frase resplandeciente del valiente tribuno pierde todo su brillo en la pájina escrita, ¿qué decir de su *Historia del movimienio republicano en Europa* (1873-1874) sino que es una avalancha verbal i una especie de caricatura de los procedimientos de Donoso Cortes? Rival afortunado de Castelar en la política, ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO (1828-1897) compuso tambien una novela *La Campana de Huesca* (1852), i algunas obras de mas fondo como los *Estudios sobre Felipe IV* (1888), todo ello escrito por un publicista intelijente i bien informado, pero cuya prosa es pesada i molesta: son pocos los historiadores que escriben hábilmente.

Si España, durante el siglo XIX, no ha producido grandes historiadores, pueden citarse, al ménos, unos cuantos distinguidos eruditos, que se han hecho notar por su sábias investigaciones históricas: Manuel de Colmeiro (1814-1897) cuyas obras principales son *Historia de la Economía política de España* (1863) i *Curso de derecho político segun la historia de Leon i Castilla* (1873); Francisco Cárdenas (1816-1898), autor de la *Historia de la propiedad territorial en España* (1873); el jeneral José Gómez de Arteche (1821-1906), que ha puesto una conciencia i un trabajo poco comunes en la preparacion de los catorce volúmenes de su *Guerra de la Independencia* (1868-1903); Eduardo de Saavedra (1829-1912), autoridad en *literatura aljamiada*, asunto que le sirvió de tema a su discurso de recepcion en la Academia Española (1878); Manuel Danvila (1830-1906), a quien se le debe una valiosa monografía, *La jermanía de Valencia* (1884): Cesáreo Fernández Duro (1830-1908), bastante conocido por sus *Memorias de la ciudad de Zamora, su provincia i su obispado* (1882-1883) i su *Armada española desde la union de los reinos de Castilla i Aragon* (1895-1903); Eduardo Pérez Pujol (1830-1894) que ha reconstituido una sociedad ya desaparecida, en su *Historia de las instituciones sociales de la España goda* (1896),

obra póstuma, i que quedó inconclusa; el canónigo Antonio López Ferreiro (1837-1910), cuya *Galicia en el último tercio del siglo XV* es una valiosa contribucion a la historia de las provincias; José Villa-Amil i Castro (1839-1910), profundo conocedor de las instituciones de la edad media, nos ha dejado *Las Antigüedades prehistóricas i célticas de Galicia* (1873); Francisco Fernández i González (nacido en 1833), hermano del novelista, ha dado pruebas de poseer una gran riqueza de informacion en sus *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en los diferentes estados de la Península* (1881); Francisco Codera i Zaidin (nacido en 1836), eminente arabista, que se ha hecho conocer hasta de la multitud por su *Decadencia i desaparicion de los almoravides en España* (1899); el jesuita Fidel Fita i Colomé (nacido en 1838), «de se epigraphica hispana optime meritus merensque», segun la declaracion de Hübner; Gumersindo Azcárate (nacido en 1840) autor de notables tratados, como el *Ensayo sobre la Historia del derecho de propiedad* (1879-1883) i el *Réjimen parlamentario en la práctica* (1885); Joaquin Costa (1846-1911), espíritu de sabio que no escluia el injenio, como lo prueba su *Poesía popular española i Mitolojía celto-hispana* (1888), en sus *Estudios ibéricos* (1891) i en su *Colectivismo agrario en España* (1898); Antonio Rodríguez Villa (1843-1912), trabajador infatigable que rehizo por completo la biografía de personajes tales como Beltran de la Cueva (1881), Juana la loca (1892), i Spinola (1904); Eduardo de Hinojosa (nacido en 1852), colaborador de Aureliano Fernández Guerra i Orbe (1816–1894) en la *Historia de la monarquía visigoda* (1896, inconclusa), i autor de una *Historia jeneral del derecho español* (1887, inconclusa); i el autor de la *Historia de la literatura jurídica española* (1906), Rafael de Ureña i Smenjand (nacido en 1852), cuyas intelijentes investigaciones sobre *La lejislacion gótico-hispana* (1905) le han permitido completar los estudios de Zeumer.

Todos estos escritores han acumulado preciosos materiales para el Mariana del porvenir, i el resultado de sus in-

vestigaciones le ha servido ya en mucho a RAFAEL ALTAMIRA I CREVEA (nacido en 1866) para su *Historia de España i de la civilizacion española* (1900-1911), obra superior, por cualquier aspecto, a la compilacion (1850-1867) enorme i un tanto indijesta de Modesto Lafuente (1806-1866).

En la historia de la literatura, desde que Pascual de Gayangos (1809-1897) inició sus útiles estudios, se ha manifestado un evidente progreso hácia métodos mas científicos, gracias al ejemplo del gran erudito catalan MANUEL MILÁ I FONTANALS (1814-1884), autor de la *Poesía heroico-popular castellana* (1874), obra que marca época en los estudios hispánicos. La tradicion de Milá ha continuado con el mejor de sus discípulos, el célebre MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (1856-1912) cuyo primer libro fué un estudio (1876) sobre Joaquin Telésforo de Trieba i Cosío (1799?-1835), emigrado español que escribió novelas históricas en lengua inglesa. Menéndez i Pelayo dió pruebas de su precoz sabiduría en *Horacio en España* (1876), i luego se hizo célebre por lo que tiene de erudito i vigoroso su argumentacion en el libro de polémica, *Ciencia española* (1877) i en la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881). Llamado, mui jóven, a suceder a José Amador de los Rios (1818-1878) en la cátedra de literatura en la Universidad Central, el novel profesor se esmeró en trabajar. Una série de conferencias sobre *Calderon i su teatro* (1881) aminoró el culto idolátrico que se profesaba al gran dramaturgo i produjo una reaccion talvez excesiva. Una recopilacion de *Odas, Epístolas i trajedias* (1883) reveló una sensibilidad estética que no podia esperarse de una especie de ermitaño estudioso que se ocupaba ya en clasificar i completar las fichas bibliográficas de los dos últimos tomos del *Ensayo* de Gallardo (1888-1889). Es verdad que Menéndez i Pelayo carecia del don de la espresion poética, pero, en cambio, tenia el temperamento. Son precisamente los poetas los que desempeñan el papel principal en su *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891); jamas habla de ellos sin entusiasmo. Los poetas le preocupa-

ron siempre. Publicó una *Antolojía de poetas hispano-americanos* (1893-1895) i tambien una *Antolojía de poetas líricos castellanos* (1890-1908), cuyas respectivas introducciones no solo son verdaderos tesoros de informacion, sino ademas brillantes ejercicios literarios. Doce años dedicó a la tarea colosal de comentar la edicion, que debia ser completa, de las obras de Lope de Vega (1890-1902), dispersó una enorme cantidad de ensayos de los cuales ha reunido algunos en sus *Estudios de crítica literaria* (1884-1908). Ha dirijido la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, para la cual escribió los tres prefacios de los *Oríjenes de la novela* (1905-1910, que vienen a ser capítulos de la historia de la literatura española que él pensaba componer algun dia. La muerte, que lo acechaba hacia tiempo, vino a interrumpir sus tareas en los momentos en que preparaba una edicion definitiva de sus obras. No son ellas perfectas, i algunas—como la *Historia de las ideas estéticas en España*, la edicion de Lope, la *Antolojía de poetas líricos castellanos*—quedaron inconclusas. Es evidente que Menéndez i Pelayo formaba planes demasiado vastos; pero, a pesar de todo, cuántos esfuerzos, cuánta tenacidad i cuánta intelijencia representan estas admirables obras fragmentarias! De él puede decirse que, desde el momento en que se dió a conocer, progresó constantemente: su estilo se depuraba, sus simpatías se hacian mas ámplias a medida que su erudicion se robustecia, i su influjo era cada vez mayor. Sin embargo, hubo una gran mayoría de académicos que lo rechazó como su director i prefirió a un político ántes que a un sabio, como rara vez se ven en España i aun fuera de ella. Este tropiezo, al cual Menéndez i Pelayo tuvo la debilidad de darle demasiada importancia, amargó los últimos años de su vida.

A su iniciativa se debe un movimiento intelectual que ha producido excelentes resultados, como es fácil darse cuenta por los trabajos de sus colaboradores, discípulos i contemporáneos. En su calidad de director de la Biblioteca Nacional, tuvo bajo sus órdenes a Antonio Paz i Mélia (nacido en 1842),

paleógrafo distinguido i activo trabajador de estraordinaria modestia. Cristóbal Pérez Pastor (1842-1908) bibliógrafo fecundo i feliz descubridor de *Documentos cervantinos* (1897-1902) ha llenado muchas lagunas de la biografía de Cervantes, i hubiera hecho otro tanto con la de Calderon si la muerte no hubiere venido a interrumpir su provechosa laboriosidad. Profesor del Instituto de San Isidro en Madrid, i aunque no pudo escapar a la influencia de Menéndez i Pelayo Francisco Navarro Ledesma (1859?-1905) fue mas bien literato i estilista ántes que erudito; i sus obras de enseñanza pasaron a segundo término con la publicacion de *El injenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* (1905), en que aprovechó los resultados de las investigaciones de Pérez Pastor, eso si que dándoles una apariencia un tanto novelesca. José Enrique Serrano i Morales (1852-1908), investigador infatigable puso en claro muchos puntos dudosos de la historia literaria, gracias a sus investigaciones sobre los antiguos impresores valencianos. Francisco Rodríguez Marin (nacido en 1855), sucesor de Menéndez i Pelayo en la Biblioteca Nacional, poeta i erudito, coleccionista distinguido de los *Cantos populares españoles* (1882-1883), ha publicado importantes estudios sobre Barahona de Soto (1903), sobre Pedro Espinosa (1907) i sus círculos literarios. Hijo del ilustre poeta catalan Joaquin Rubió i Ors (1818-1899), Antonio Rubió i Lluch (nacido en 1856) compañero de estudios de Menéndez i Pelayo en la Universidad de Barcelona, es considerado como una reputacion en materias de historias catalanas; nos interesa mas especialmente por su *Estudio crítico-bibliográfico sobre Anacreonte..i su influencia en la literatura antigua i moderna* (1879), de *El sentimiento del honor en el teatro de Calderon* (1882) i otros trabajos gracias a los cuales se han venido a solucionar puntos oscuros en la historia de la literatura. Emilio Cotarelo i Mori (nacido en 1858), escritor bastante hábil en la historia del teatro, editor por desgracia poco cuidadoso de muchos dramas raros (principalmente de Tirso de Molina) ha escrito diversas monografías bastantes útiles

i que sirven de complemento a los datos ya recojidos por Cayetano Alberto de la Barrera († 1872). Se podria reprochar a Juan Menéndez Pidal (nacido en 1861), el haber publicado demasiado poco. Sin embargo, se le debe una valiosa coleccion de cerca de cien *romances* asturianos (1885) i sobre todo un exámen crítico de la leyenda de Rodrigo (1906), que agota la materia. Julio Puyol i Alonso (nacido en 1865), autor de un excelente estudio acerca del Arcipreste de Hita (1906), ha discutido con penetracion i admirable claridad de método la formacion de *La Crónica particular del Cid* (1911) i reconstituido, en la medida de lo posible, el *Cantar de gesta* de Sancho II (1911). Ramon Menéndez Pidal (nacido en 1869), discípulo de Menéndez i Pelayo, es conocido principalmente por su admirable reconstitucion de *La Leyenda de los Infantes de Lara* (1897) i por sus análisis (1907-1911), acaso difinitivos de todas las cuestiones relacionadas con el *Poema del Cid*. Por último, nombraremos otro discípulo de Menéndez i Pelayo, Adolfo Bonilla i San Martin (nacido en 1875) que ha dado numerosas pruebas de poseer un talento nada comun i una erudicion tan sólida como brillante en el triple dominio de la historia de la filosofía, de la historia de la literatura i del derecho. Citemos solamente sus obras mas importantes: *Luis Vives i la filosofía del Renacimiento* (1903), *Anales de la literatura española* (1904), una historia de la Filosofía española (los dos primeros tomos: 1908-1911), i numerosas publicaciones de textos, como *El diablo cojuelo* (1902 i 1910), el *Libro de los engaños* (1904), *Libros de caballerías* (1907-1908) i *Tristan de Leonis* (1912).

Dediquemos una última palabra a ciertos autores que no hemos podido clasificar fácilmente en alguno de los grupos anteriores. Los filólogos españoles i los hispanófilos de todos los paises, tienen contraida una deuda grande con el sabio colombiano Rufino José Cuervo (1844-1911), a quien debemos nombrar aquí, aunque haya residido siempre fuera de España. Su reputacion descansa firmemente en su *Diccionario de construccion i réjimen de la lengua castellana*

(1886-1893), obra monumental dela que apénas si alcanzó a publicar la tercera parte. Los severos estudios a que se dedicó este gran maestro, cuya ciencia la debe toda a sí mismo, no destruyeron en él ni la viveza de espíritu ni su delicado gusto literario, lo que puede verse fácilmente en sus *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano* (1867), tan ricas en ejemplos de la hermosa lengua como llena de amenidad por la cita de los numerosos errores que a diario cometemos.

Aunque Emilio Bobadilla (nacido en 1867) sea de nacimiento cubano, puede considerársele como literato español: poeta, novelista, crítico mordaz, harto conocido bajo el pseudónimo de «Frai Candil», ha publicado últimamente *Viajando por España* (1912), en que reproduce con viva intensidad sus sensaciones hondas i delicadas. Natural de Guatemala, Enrique Gómez Carrillo (nacido en 1873) vive de hace tiempo en Paris, donde se ha hecho un verdadero Español cosmopolita. Espíritu curioso, intelijente, ávido de lo nuevo, dotado de esquisita sensibilidad, ya sea en sus encantadoras pinturas de la Rusia nevada o en los cuadros de Grecia, llena de sol, da muestras de poseer una psicolojía fina i atormentada, que se manifiesta admirablemente en *Flores de penitencia* (1913), reconstitucion hajiolójica con apariencias novelescas.

El vasco Miguel de Unamuno (nacido en 1864) es tambien un talento múltiple: erudito, crítico, poeta, novelista, director laico de almas, ha escrito abundantemente sobre todas las materias. De todas sus obras, preferimos la ménos ambiciosa, *De mi pais* (1903), recopilacion de estudios en que describe las costumbres provincianas en una forma pintoresca i vigorosa. Entre los que desempeñan la tarea difícil i delicada de ocuparse dia a dia de la literatura de actualidad, hai que nombrar a Manuel Bueno (nacido en 1874), autor del interesantísimo volúmen *Teatro español contemporáneo* (1909), en que los juicios de un talentoso aficionado se espresa en un estilo claro i agradable. Andres González Blanco

(nacido en 1886) se ha hecho el porta estandarte de la nueva escuela poética, i aunque a veces exajera sus merecimientos en sus tratados un poco difusos, escribe siempre con una persuasiva conviccion. Deberíamos tambien hablar de otros escritores, como Mariano de Cavia (nacido en 1855), Ramiro de Maeztu (nacido en 1874), José Ortega i Gasset (nacido en 1883), que prodigan en el periodismo talentos verdaderamente orijinales; pero no queremos entrar en este terreno.

Este boceto debe concluir. Talvez hayamos dicho lo bastante para formarse una idea jeneral de la vida intelectual de España en el último siglo i en los primeros años del presente. El antiguo aislamiento ya no existe, la literatura actual recibe abundantes influencias estranjeras, que vienen de todas partes, pero, aun así, conserva en mucho su definida individualidad que ha tenido i tendrá siempre una atraccion irresistible para ciertos espíritus.